

‘EL BARRIO DE LA PLATA’

IDENTIDAD Y PERDÓN

La documentada reconstrucción de la historia de un vecindario marcado por la emigración y la actividad industrial es el bastidor sobre el que el escritor y crítico Julià Guillamón despliega con admirable contención una conmovedora tragedia familiar.

Por Borja Martínez

Julià Guillamón ha escrito un libro sobre un mundo de ayer. El barcelonés barrio de la Plata del título, en el que se crió y que fue lugar de asiento de la emigración valenciana de la que provenía su padre, está en trance de desaparición; física y nominal. Vivían en el número 14 de la calle Luchana, que desde 2001 responde al nombre del exiliado republicano Roc Boronat. Una sencilla búsqueda cruzada en internet nos devuelve una carta enviada entonces por Quim, hermano de Julià, al diario *El País* en protesta —«acaban de robarme mi propia calle»— por el precipitado cambio de denominación. Su recurso al pataleo adquiere un sentido conmovedor después de conocer, leyendo *El barrio de la Plata* (L’Avenç), el desarrollo que corrían entonces los avatares familiares.

No espere el lector un ejercicio de nostalgia al uso. La reconstrucción de aquel espacio de vivencias enclavado en Pueblo Nuevo es el marco sentimental para un plan más personal y a la vez más ambicioso, que es contar una historia familiar que, cruzada de referencias históricas y culturales, crece y se proyecta apelando a cualquier lector.

«El barrio de la Plata no es todo el Poblenou, es una calle, pero allí se cruzan muchas vidas y muchas experiencias», nos cuenta Guillamón sentados a una mesa del Bar El Roble / El Roure, en Gràcia, otro espacio de su libro. «Concentró mucha emigración valenciana, un fenómeno que hasta ahora no se conocía bien. Parecía que aquí la historia empezaba con los murcianos que llegaron en los años 30. Y de repente han empezado a salir valencianos de debajo de las piedras».

A base de testimonios y de indagaciones vas construyendo un relato que no parece tal sino un puzle de piezas heterogéneas asociadas al barrio y tu familia.

Al principio no hay relato, pero va evolucionando y formándose. Me gusta que los libros sean así. Primero es un ambiente. Un escenario, la arquitectura industrial. Luego empieza la historia, entran el tiempo y luego los personajes, y termina siendo un relato casi novelesco. Hay un ingrediente que interpela a muchos lectores, la emigración, la Barcelona industrial de la posguerra, donde la gente se reconoce, y por ahí entran en la historia familiar.



El libro tiene muchas capas, quizá por lo que tiene de arqueológico. Hablas del barrio, pero vas tendiendo hilos con el resto de la ciudad. No solo porque tu madre fuera de Gràcia, sino porque Pueblo Nuevo era una suerte de polígono industrial de Barcelona y muchos asuntos de la ciudad pasaban por allí. Barcelona ha sido muy novelada pero de una manera muy parcial: la parte vieja, el Eixample, el Carmelo por Marsé, pero hay zonas en las que parece que nunca ha pasado nada. En el caso del Poblenou estaba Xavier Benguerel, pero él marchó al exilio y cuando regresó había hecho dinero y ya no volvió a vivir al Poblenou, con lo cual su mundo está un poco congelado en la época industrial de principios del XX. El mundo industrial yo ya no lo he conocido.

Yo conocí el mundo post industrial, las ruinas, y a mí, que soy de la generación del post punk, aquello me parecía fantástico. Así que el escenario era muy atractivo por sí solo. Y enlaza con Gràcia porque representa el polo opuesto de la vida de barrio. Un barrio muy estructurado, muy típico de Barcelona como Gràcia, frente a un barrio caótico como Poblenou. Y hablamos de barrios, aquí sobre todo desde que Huertas y Fabre escribieron *Tots els barris de Barcelona*, pero los barrios son una abstracción. Lo que en realidad funciona son los vecindarios. La parte vieja de Gràcia tiene una personalidad propia muy marcada, mientras que todo esto de aquí [dice Guillamón señalando el entorno del Roure] es otra historia. Donde vivíamos nosotros, el barrio de la Plata, aquello es un *veinat*, un vecindario, y ese vecindario tiene una identidad propia dentro de Pueblo Nuevo. Eso pasa también en las novelas de Julià de Jòdar cuando habla de Badalona, en las que la calle del Mar es el pueblo y el barrio donde él vivía era otra cosa. A esto creo que no se le ha dado suficiente importancia, ni sociológica, ni histórica ni literaria, y es lo que realmente prevalece.

¿Cuál es el estímulo inicial del libro? ¿La ciudad, la familia, ambas?

Para mí lo más importante era la historia familiar. Yo tenía una historia muy fuerte que además como escritor no podía dejar pasar. Hubo un primer intento, que fue *La Moravia*, una novela escrita desde la perspectiva de la narrativa experimental de este mundo post industrial. Era más ficción —aunque no creo

«Pasamos del abuelo de la CNT al padre desclasado que lo que quiere es dejar la fábrica y triunfar en los ruedos. Y esto es la historia de España»

en los géneros; escribimos libros híbridos en los que se mezclan muchas cosas, en los que hay elementos de ficción, de no ficción, narrativos, especulativos...— pero en el fondo era la misma historia. Lo escribí en una época en que vivían mis padres y eso me dio unos problemas terribles; me bloqueé de forma sensacional. La de *El barrio de la Plata* es la historia que yo llevaba dentro con todas sus ramificaciones.

Una flaqueza habitual de los libros testimoniales es que tienden a la vanidad y el sentimentalismo. Tu libro en ese sentido es de un equilibrio, de una limpieza dignas de señalar. Las peripecias están contadas de una manera muy sentida pero muy documental.

Esta es una historia que sólo se podía escribir desde la máxima honestidad. Es una tragedia; los personajes son incapaces de escapar a un destino marcado. Se quieren y se atraen, la madre hace unos esfuerzos brutales, el padre también para dejar el alcohol, pero están marcados. Y esto les lleva al abismo. ¿Cómo vas a edulcorarlo? Además es una historia que no está resuelta familiarmente. Ha sido una suerte de arbitraje obligado. Se trataba de describir el drama sin tomar partido. Yo lo veo como un libro sobre el perdón. De joven uno siempre tendía a identificarse con la madre, porque era la que te salvaba de todo, de los mil líos en que te metía una persona tan divertida pero también tan problemática como el padre. La madre era la santa, pero aquí se equilibran las cosas, el padre tiene muchas cosas positivas también, aunque es el personaje que crea el desastre. Y junto con el perdón el otro tema es la identidad. La madre tiene una identidad catalana, pero construida por ella misma, e intenta que sus hijos sean como ella. El padre también construye su identidad, porque él ha nacido aquí, pero decide que va a ser valenciano; lo decide él, como mi madre decide que va a ser catalana. Y todo esto en una época llena de folclóricas y de toreros, y en la que los del barrio de la Plata tienen asimismo una identidad y los de Gràcia otra. Hay una fluctuación de identidades individuales y colectivas. Es como un hervidero de gente que va buscando y construyendo su identidad. La solución del protagonista, que es el narrador, es integrarlas. Y creo que esto, en el mundo de la novela catalana, es singular. No sé si hay otros autores que tengan este perfil familiar.

O que, teniéndolo, lo utilicen o registren en su obra.

No lo sé. Pero yo tengo mucha cara y no me importa hablar de todo esto. Ahora hay una especie de tabú, pero



Julián Guillamón y Maria Mota, padres de Julià Guillamón, el día de su boda.

esto era así, y si a mi padre le gustaban los toros por qué no lo voy a decir. Todas estas cosas a veces se ocultan. Cuando a los escritores de mi generación les digo que sé torear de salón se mueren del susto. También porque mi familia era un poco rara. Pero es algo que a mí siempre me ha parecido una riqueza. Y era muy consustancial de este mundo que yo describo, en el que pasamos del abuelo de la CNT al padre que lo que quiere es triunfar en los ruedos. Y esto es la historia de España. La de un obrero desclasado que se muere por dejar la fábrica, y la salida que veía posible eran los toros y el boxeo. El boxeo tenía entonces una función de protección de la clase obrera, que surge en los ateneos y que entiende que esos chicos que están todo el día emborrachándose y yéndose de putas lo que tienen que hacer es ir al gimnasio. Un fenómeno que donde tiene más éxito es aquí, en Gràcia, de donde salen campeones de Europa. Chavales que trabajan en las fábricas y que en lugar de salir de juerga se meten en el boxeo. La generación de mi padre era de este mundo. Yo lo conocí muy poco, ya estaba en decadencia, pero en Pueblo Nuevo de vez en cuando montaban *catch* de lucha libre, que eran una mentira, pero divertido, porque los luchadores eran trabajadores de las fábricas y el público les conocía. Había unos que eran los Valero, que trabajaban en *Can Culleres*, “la fábrica de cucharas”, Metales y Platería Ribera, propiedad de la familia de Margarita Rivière. Esto formaba parte de un sustrato muy popular de Barcelona que fue desapareciendo, pero yo pillé un poco el final. Y cuando hablo de esto me entiendo mejor con gente mayor que con los de mi generación. ●